

**LA SUPERIORIDAD DEL ACTO SOBRE EL DISCURSO  
EN LA OBRA DE JENOFONTE**

LOUIS-ANDRÉ DORION<sup>1</sup>

RESUMEN. En este trabajo analizo los pasajes de Jenofonte (especialmente en *Memorabilia* y *Ciropeidia*, con referencias al *Agésilao* y al *Hierón*) en los que se puede vislumbrar la precedencia o incluso la superioridad del *érgon* respecto del *lógos*. Brindo una interpretación acerca del sentido y valor de esta precedencia. Y finalmente intento elucidar cuáles son las consecuencias de esta superioridad para la obra escrita de Jenofonte, observando las conclusiones obtenidas a la luz de la sentencia aristotélica, en la *Poética*, acerca del compromiso filosófico que tiene la historia.

**Palabras clave:** Jenofonte, *lógos*, *érgon*, ejemplaridad, historia.

ABSTRACT. In this work I analyse the passages in Xenophon (especially in *Memorabilia* and *Cyropaedia*, with references to *Agésilao* and *Hiero*) in which the precedence or even the superiority of *ergon* over *logos* can be glimpsed. I offer an interpretation of the meaning and value of this precedence. Finally, I try to elucidate what are the consequences of this superiority for Xenophon's written work, observing the conclusions drawn in the light of the Aristotelian sentence, in the *Poetics*, about the philosophical commitment that history has.

**Keywords:** Xenophon. *logos*. *ergon*. exemplarity. history.

Elegí como tema de esta conferencia una cuestión que me parece central en la obra de Jenofonte, y que nunca ha sido tratada por sí misma, lo cual es bastante sorprendente si este tema tiene, efectivamente, el significado y el alcance que intentaré sacar a la luz. Se trata del tema de la precedencia, o incluso, en algunos casos, de la superioridad del acto (*érgon*) sobre el dis-

---

<sup>1</sup> Université de Montréal. E-mail: louis-andre.dorion@umontreal.ca.

DOI: <https://doi.org/10.46553/sty.31.31.2022.p6-19>

curso (*lógos*). Mi trabajo se dividirá en tres secciones. En la primera sección, analizaré algunos pasajes donde Jenofonte afirma expresamente la superioridad del acto sobre el discurso, e identificaré las razones de esta superioridad. En la segunda sección, daré algunos ejemplos de pasajes donde, sin afirmarse de manera expresa, la superioridad del acto está implícita, y puede ser puesta en evidencia. En el último apartado, que me servirá también de conclusión, intentaré extraer las consecuencias de la tesis de la superioridad del acto en la naturaleza de los escritos de Jenofonte.

### 1. ANÁLISIS DE PASAJES RELEVANTES

Jenofonte afirma repetidamente la superioridad del acto, pero esta aseveración puede resultar sorprendente en la medida en que algunos pasajes pueden hacer creer que reconoce la misma importancia tanto en el acto como en el discurso. Este es el caso, por ejemplo, del siguiente pasaje, al comienzo de las *Memorabilia*:

Para respaldar mi opinión de que benefició tanto a sus socios por acciones que revelaron su propio carácter (τὰ μὲν ἔργῳ δεικνύων ἑαυτὸν οἷος ἦν) y por su conversación (τὰ δὲ καὶ διαλεγόμενος), fijaré lo que concluya de estos (1.3.1, a partir de la trad. Marchant/Henderson).

El proyecto de Jenofonte, tal como lo expone en este pasaje, es mostrar cuán útil fue Sócrates, tanto de obra como de palabra, por lo que podemos esperar que, en el resto de las *Memorabilia*, los discursos de Sócrates tengan la misma utilidad que sus obras. De hecho, Jenofonte destaca en algunas ocasiones que Sócrates hizo más virtuosos a sus discípulos tanto con sus discursos como con sus acciones.

Así, tanto por precepto como por ejemplo, se esforzó por aumentar en sus compañeros la piedad y la prudencia (Τοιαῦτα μὲν δὴ λέγων τε καὶ αὐτὸς ποιῶν εὐσεβέστερους τε καὶ

σωφρονεστέρους τοὺς συνόντας παρεσκεύαζεν.) (4.3.18; trad. Marchant/Henderson).

Con tales palabras y acciones, alentó la justicia en aquellos que recurrían a su compañía (Τοιαῦτα λέγων τε καὶ πράττων δικαιότερους ἐποίει τοὺς πλησιάζοντα) (4.4.25; trad. Marchant/Henderson).

No solo la redacción de estos dos pasajes es casi idéntica sino que su ubicación también lo es, ya que ambos se encuentran al final de sus respectivos capítulos. Y puesto que sirven de conclusión, ¿cómo no concluir en que los discursos y las acciones de Sócrates contribuyen, igualmente, a hacer más virtuosos a sus compañeros? Sócrates es quien reconcilia *érgon* y *lógos*, y quien logra, en virtud de esta perfecta conciliación, hacer virtuosos a sus compañeros.

A pesar de esta aparente igualdad de *lógos* y *érgon*, hay algunos pasajes en las *Memorabilia* que inclinan la balanza a favor del *érgon*. El primero de estos pasajes se encuentra al final de 1.5:

Tales fueron sus palabras; pero su propio autocontrol se mostró aún más claramente por sus hechos que por sus palabras (Τοιαῦτα δὲ λέγων ἔτι ἐγκρατέστερον τοῖς ἔργοις ἢ τοῖς λόγοις ἑαυτὸν ἐπεδείκνυεν) (1.5.6; trad. Marchant/Henderson).

Si se trata de demostrar que uno es dueño de sí mismo, obviamente las acciones cuentan más que las palabras. En otros términos, lo que confirma la virtud de un hombre son sus acciones más que sus discursos. Subrayo que encontramos en este pasaje la misma expresión que en el primero que cité: “Sócrates se estaba mostrando” (δεικνύων ἑαυτὸν, 1.3.1; ἑαυτὸν ἐπεδείκνυεν, 1.5.6), haciendo gala de su autocontrol. Pero ¿por qué Sócrates debe demostrar que es dueño de sí mismo con sus acciones? ¿Acaso solo lo hace para demostrar que es dueño de sí mismo? Volveré sobre esto más adelante.

La superioridad del acto es confirmada por otra conversación en las *Memorabilia*, aquella en la que Sócrates habla con Hippias acerca de la naturaleza de la justicia. Al comienzo de *Mem.* 4.4, Jenofonte dice lo siguiente:

Nuevamente, con respecto a la justicia, no ocultó su opinión (Ἄλλὰ μὴν καὶ περὶ τοῦ δικαίου γε οὐκ ἀπεκρύπτετο ἢν εἶχε γνώμην), pero lo proclamó por sus acciones (ἀλλὰ καὶ ἔργῳ ἀπεδείκνυτο). Toda su conducta privada fue lícita y útil: a la autoridad pública prestó una obediencia tan escrupulosa en todo lo que las leyes exigían, tanto en la vida civil como en el servicio militar, que fue un modelo de buena disciplina para todos (4.4.1; trad. Marchant/Henderson).

A primera vista, *érgon* y *lógos* son igualmente importantes aquí: si Sócrates no ocultó su pensamiento, tiene sentido esperar que lo revele a través de su discurso. Jenofonte no lo dice de manera explícita, sino que está implícito. Insiste especialmente en que Sócrates reveló su pensamiento a través de sus acciones, y a sus acciones, privadas y públicas se referirá luego. En otras palabras, el pensamiento de Sócrates acerca de la naturaleza de la justicia puede manifestarse en dos formas (*lógos* y *érgon*) que parecen estar en el mismo plano. Sin embargo en el mismo capítulo, mientras el tema de discusión es la justicia, Hippias va a reprochar a Sócrates precisamente por no revelar lo que piensa sobre la justicia:

Pero te juro que no escucharás a menos que primero declares tu propia opinión sobre la naturaleza de la justicia (πρὶν γ' ἂν αὐτὸς ἀποφήνη, ὃ τι νομίζεις τὸ δίκαιον εἶναι); porque es suficiente de que te burles de los demás, cuestionando y examinando a todos, y nunca estés dispuesto a rendir un relato o declarar una opinión sobre cualquier cosa (αὐτὸς δ' οὐδενὶ θέλων ὑπέχειν λόγον οὐδὲ γνώμην ἀποφαίνεσθαι περὶ οὐδενός). (4.4.9; trans Marchant/Henderson).

Hípias reprocha a Sócrates por no apoyar el *lógos* y no revelar su *gnóme* no solo sobre la justicia, sino también sobre las demás virtudes. La respuesta de Sócrates también merece leerse con atención:

¡En efecto, Hípias! ¿No has notado que nunca dejo de declarar (οὐδὲν παύομαι ἀποδεικνύμενος) mis nociones de lo que es justo?

¿Y cómo puedes pedirme que rinda cuentas de ello (Καὶ ποῖος δὴ σοι, ἔφη, οὗτος ὁ λόγος ἐστίν;)?

Las (nociones) declaro por mis hechos, de todos modos, si no por mis palabras (Εἰδὲ μὴ λόγῳ, ἔφη, ἀλλ' ἔργῳ ἀποδείκνυμαι) ¿No crees que las obras son mejor evidencia que las palabras (ἢ οὐ δοκεῖ σοι ἀξιοτεκμαρτότερον τοῦ λόγου τὸ ἔργονεῖναι;)?

Sí, mucho mejor, por supuesto; porque muchos dicen lo que es justo y hacen lo que es injusto; pero nadie que hace lo que es justo puede ser injusto (4.4.10; trad. Marchant/Henderson).

Sócrates se defiende por no revelar nunca su *gnóme* sobre tema alguno; es falso, afirma, que no lo esté revelando, pero no lo revela con palabras, sino con obras, porque las obras funcionan como “mejor evidencia” que las palabras. Este es el primer pasaje de las *Memorabilia* en el que Sócrates afirma claramente la superioridad de los hechos sobre las palabras. Este importante pasaje merece varias observaciones:

(a) el acto es superior al *lógos* porque funciona como prueba mejor que el *lógos*. Si la acción es mejor prueba que la palabra, tenemos que extraer todas las consecuencias y una de ellas es que Sócrates no se defiende con palabras de la acusación de injusticia que se le ha hecho, sino con el argumento de que nunca ha cometido acto injusto alguno. La prueba definitiva de que Sócrates no es culpable es que nunca cometió ningún acto injusto. Este pasaje de las *Memorabilia* es perfectamente coherente con la *Apología* (8), en la que, tras la intervención de su signo divino, Sócrates renuncia a defenderse con un *lógos* ¿Esto significa que renuncia por completo a defenderse?

No, porque se defenderá pronunciando en voz alta y clara, a riesgo de parecer jactancioso (*megalegóros*), los actos de su vida.

(b) Incluso antes de la discusión con Hippias, Sócrates ya había mencionado la característica más convincente del acto. En el Libro 3, mientras habla con Teodoto, Sócrates le hace la siguiente declaración:

καὶ ὅτι ἀρεστοὶ σοὶ εἰσὶν οἱ φίλοι, οἷδ' ὅτι οὐ λόγῳ ἀλλ' ἔργῳ ἀναπείθεις.

Y que tus amigos te complacen, los convences, lo sé, no con palabras sino con hechos (3.11.10; trad. Marchant/ Henderson).

El verbo ἀναπείθω es ambivalente: puede significar “persuadir”, en cuyo caso sigue siendo paradójico que uno persuade a alguien con sus hechos y no con sus palabras; pero este verbo también puede significar “seducir”, y está entonces más en el orden de las cosas, es decir, que Teodoto deba seducir a sus “amigos” más con sus hechos –podríamos darnos cuenta de cuáles– que con sus palabras. En cualquier caso, este pasaje es una expresión más de la convicción de Jenofonte respecto de la superioridad del *érgon* sobre el *lógos*.

(c) Si el acto constituye una “mejor evidencia” (ἀξιοτεκμαρτότερον) que la palabra, es simplemente porque el acto se basta a sí mismo y no necesita estar respaldado por pruebas para ser creído:

Tal, entonces, es el registro de los actos de mi héroe, en la medida en que se hicieron ante una multitud de testigos (Καὶ ταῦτα μὲν δὴ εἴρηται ὅσα τῶν ἐκείνου ἔργων μετὰ πλείστων μαρτύρων ἐπράχθη). Acciones como estas no necesitan pruebas (οὐ τεκμηρίων προσδεῖται); la mera mención de ellas es suficiente y exigen la creencia inmediata (ἀλλ' ἀναμνησαί μόνον ἀρκεῖ καὶ εὐθὺς πιστεύεται). (Ag. 3.1; trad. Marchant).

Este pasaje del *Agesilao* atribuye al acto el mismo tipo de superioridad que *Mem.* 4.4.10: el acto es una prueba mejor, es más convincente que la palabra porque lleva consigo la convicción. Como explica Hippias al final de *Mem.* 4.4.10, la virtud de un hombre se mide y verifica más por los actos que hace que por los discursos que pronuncia. Surge la cuestión de si este es el único tipo de superioridad del acto sobre el discurso, o si Jenofonte reconoce otros motivos para afirmar la superioridad del acto. En la *Ciropeia* hay al menos dos pasajes en los que Jenofonte atribuye a Ciro una posición que va claramente en la dirección de la superioridad del acto. En el primer pasaje, Ciro realiza esta declaración a sus generales:

Y recuerda esto, que si en los ojos de ellos se demuestran valientes (θαρροῦντας τούτοις ὑμᾶς αὐτοὺς ἐπιδεικνύητε), les enseñarán no solo a sus camaradas, sino también a muchos otros, no por precepto meramente, sino por el ejemplo a ser valientes (οὐ λόγῳ ἀλλ' ἔργῳ θαρρεῖν διδάξετε). (*Cyr.* 3.3.39; trad. Miller).

Jenofonte emplea la misma expresión que ya encontramos dos veces en el caso de Sócrates: los propios generales deben mostrar (ὑμᾶς αὐτοὺς ἐπιδεικνύητε) confianza en sí mismos ante sus soldados, porque así les enseñarán (διδάξετε), no con palabras, sino con hechos (οὐ λόγῳ ἀλλ' ἔργῳ), para que ellos a su vez ganen confianza en sí. El que enseña, enseña primero con su ejemplo, con sus acciones, y no con sus discursos. Aquí tenemos una segunda razón de la superioridad de la acción: no solo es más convincente que el discurso sino que también es más eficaz pedagógicamente, en la medida en que la enseñanza descansa primero en la ejemplaridad del maestro.

Ciro reafirma la misma posición, de forma mucho más desarrollada, en un largo pasaje del Libro 3 donde, en respuesta a Crisanta, quien sugiere que arenga a los soldados para hacerlos “mejores” (σὺ ἀμείνους ποιήσεις τοὺς στρατιώτας, 3.3.49), expone claramente las limitaciones e insuficiencias del discurso:

Ningún discurso de amonestación puede ser tan bueno que haga de inmediato a quienes lo escuchan buenos hombres si

no lo son ya; seguramente, no haría buenos a los arqueros si no hubieran tenido práctica previa en tiro (εἰ μὴ ἔμπροσθεν τοῦτο μεμελετηκότες εἶεν); ni podía hacer buenos a los lanceros, ni a los jinetes; ni siquiera puede capacitar a los hombres para soportar el trabajo corporal, a menos que hayan sido entrenados para ello antes (ἦν μὴ πρόσθεν ἡσκηκότες ὤσι). (3.3.50; trad. Miller).

Para que los soldados demuestren valentía en el campo de batalla, la clave del éxito es doble: por un lado, deben haber practicado sus diversos deberes y, por otro, sus propios líderes deben darles el ejemplo de lo que esperan de sus soldados. Pero ya sea que se trate del ejercicio previo o del ejemplo dado por los líderes, estamos en el registro del acto; el ejercicio y el ejemplo son en verdad actos y no discursos. Esta posición que Ciro elabora extensamente en el Libro 3 ya se anticipa en el Libro 2 en el siguiente pasaje:

y, además, [Sambaulas] mostrándoles no por precepto, sino por el ejemplo (οὐ λόγῳ ἀλλ' ἔργῳ ἀποδεικνύς) qué tipo de hombres deben ser, ha hecho a todo su grupo de diez (hombres) como él (como él es) (πεποίηκε δὲ καὶ τοὺς δεκαδέας πάντας τοιούτους). (Cyr. 2.2.30; trad. Miller).

Lo que el soldado muestra aquí por sus actos no es su *gnóme* respecto de tal o cual virtud, como dice Jenofonte de Sócrates en *Mem.* 4.4.1, sino su propia virtud. La fuerza de su ejemplo tiene el efecto de agradar a sus compañeros soldados.

La *Ciropedia* ofrece otro ejemplo explícito de la superioridad de la acción sobre la palabra. En el Libro 6, Ciáxares se pregunta si debe continuar la campaña militar o dar permiso al ejército. Hace la pregunta y la somete a discusión. El hircano, el primero en hablar, interviene para subrayar que la discusión le parece inútil, y que ya no es necesario discutir la cuestión:

Amigos y camaradas, por mi parte, no puedo ver cuál es el uso de las palabras, cuando los hechos en sí mismos señalan el mejor curso a seguir (οὐκ οἶδα μὲν ἔγωγε εἴ τι δεῖ λόγων ὅπου

αὐτὰ τὰ ἔργα δεικνύει τὸ κράτιστον). Porque todos sabemos que cuando estamos juntos hacemos más daño al enemigo que él a nosotros; mientras que si estamos separados, nos tratan como les es más agradable a ellos y más desagradable a nosotros. (*Cyr.* 6.1.7; trad. Miller).

Los hechos (o acciones) demuestran (δεικνύει) sin lugar a duda que el interés del ejército no es disolverse, por lo que la discusión resulta inútil. Uno podría pensar, si uno fuera a considerar este discurso en forma aislada de su contexto y de todos los pasajes en los que Jenofonte afirma la superioridad del acto, que el hircano está mostrando una cierta misología que Jenofonte no respalda. Pero todos los que hablan después del hircano (el cadusiano, Artabazo, Gobrias), incluso Ciro, comparten la misma opinión: no se debe dar permiso al ejército. El hircano tenía razón, pero es necesario señalar que a su intervención, que pretendía poner fin a la discusión, siguen no obstante otros cuatro discursos. La superioridad del acto no se impone hasta el punto de silenciar al *lógos*, sino todo lo contrario. Voy a volver sobre esto en la tercera parte de mi trabajo.

## 2. EJEMPLOS DE LA SUPERIORIDAD DEL ACTO SOBRE EL DISCURSO

Hemos revisado algunos pasajes en los que Jenofonte afirma expresamente la superioridad del *érgon* sobre el *lógos*. Esta convicción de Jenofonte no se expresa solo en estos pasajes, sino que subyace en muchos otros en los que también se puede destacar la superioridad del acto. Voy a presentar algunos ejemplos de textos que atestiguan la presencia implícita de la tesis de la superioridad del acto sobre la palabra.

En el Libro 1 de las *Memorabilia*, Jenofonte hace la siguiente observación sobre la enseñanza en general y la enseñanza de Sócrates en particular:

Encuentro que todos los maestros muestran a sus discípulos cómo ellos mismos practican lo que enseñan (πάντας δὲ τοὺς διδάσκοντας ὁρῶ αὐτοὺς δεικνύντας τε τοῖς μανθάνουσιν

ἤπερ αὐτοὶ ποιοῦσιν ἂν διδάσκουσι), y los persuaden con argumentos (καὶ τῷ λόγῳ προσβιβάζοντας). [18] Y sé que fue así con Sócrates: mostró a sus compañeros que él mismo era un caballero (Οἶδα δὲ καὶ Σωκράτην δεικνύοντα τοῖς ξυνοῦσιν ἑαυτὸν καλὸν κἀγαθὸν ὄντα), y habló excelentemente sobre la bondad y todas las cosas que conciernen a la vida humana (καὶ διαλεγόμενον κάλλιστα περὶ ἀρετῆς καὶ τῶν ἄλλων ἀνθρωπίνων). (*Mem.* 1.2.17-18; trad. Marchant/Henderson).

Encontramos aquí una idea que ya hemos encontrado en la *Cirope- dia* (3.3.39), a saber: que todos los que enseñan dan ejemplo a sus alumnos. Más aún, observamos dos veces en este pasaje la secuencia ejemplo-discursio: los que enseñan, incluido Sócrates, primero se dan como ejemplo a sus alumnos, y posteriormente les dan discursos. Todo lo relacionado con el ejemplo es *érgon*: es con las acciones que uno da ejemplo y demuestra su ejemplaridad, y no con discursos. La ejemplaridad juega un papel importante en el pensamiento ético y político de Jenofonte, y uno podría demostrar fácilmente los estrechos vínculos entre ejemplaridad y *érgon*.

El pasaje 1.2.17-18 no es un caso aislado, puesto que observamos la misma secuencia, en un contexto idéntico, en el siguiente pasaje del Libro 4 de las *Memorabilia*:

También, trató de hacer que sus compañeros fueran eficientes en los asuntos (πρακτικωτέρους), como ahora mostraré. Porque teniendo por bueno el dominio de sí mismo para cualquiera que pretendiese hacer obra honrada (καλὸν τι πράξειν), hizo saber a sus compañeros, en primer lugar, que en el dominio propio él mismo había sido el más asiduo de todos (πρῶτον μὲν αὐτὸς φανερὸς ἦν τοῖς συνοῦσιν ἡσκηκῶς αὐτὴν μάλιστα πάντων ἀνθρώπων); además, en su diálogo (ἔπειτα διαλεγόμενος) exhortó a sus compañeros a cultivar el dominio propio por sobre todas las cosas (*Mem.* 4.5.1; trad. Marchant/Henderson).

La *enkráteia* es una indispensable disposición para aquellos que aspiran a actuar bien. No es principalmente con discursos que Sócrates transmite la *enkráteia* a sus discípulos, sino con su ejemplo: les demuestra que él mismo ha practicado la *enkráteia*. Como en el texto anterior (*Mem.* 1.2.17-18), la enseñanza de Sócrates sobre la *enkráteia* se lleva a cabo en dos pasos: en primer lugar, debe dar ejemplo de sí mismo y demostrar que se ha practicado la *enkráteia*; en segundo lugar, con la ayuda del discurso puede a su vez exhortar a sus compañeros a practicar la *enkráteia*.

Es probable que la repetición de la secuencia ejemplo-discurso en dos pasajes en los que se discute la enseñanza de Sócrates no sea accidental, y aunque esta secuencia no afirma expresamente la superioridad del acto sobre el discurso, a mi juicio tiene el valor de una confirmación que, si no es de la superioridad, al menos lo es de la precedencia del acto respecto de la palabra.

Volvamos brevemente al primer texto que cité al comienzo de mi trabajo, a saber, *Mem.* 1.3.1, en el que Jenofonte expresa su plan para demostrar que Sócrates era útil a sus compañeros en hechos y palabras. Luego, al comentar este texto, dije que Jenofonte parecía poner acto y discurso en el mismo plano, en cuanto a que ambos son medios igualmente efectivos que Sócrates emplea para hacerse útil. En vista de los pasajes que acabamos de examinar, especialmente *Mem.* 1.2.17-18 y 4.5.1, me atrevería a argumentar que no es irrelevante que el acto también preceda al discurso en 1.3.1 y que se trata de una afirmación implícita de esta precedencia del acto, incluso de su superioridad.

Otro ejemplo de la precedencia del acto respecto del discurso es el hecho de que Sócrates pronuncie el modo de adquisición de la virtud antes de definir los distintos tipos de virtudes, invirtiendo así el orden de prioridades establecido por el Sócrates de Platón, quien insiste en que primero hay que definir la virtud antes de pronunciar su modo de adquisición. En las *Memorabilia*, en el Libro 1, Jenofonte argumenta que la virtud es fruto de la *áskesis*, y recién en el Libro 4 Sócrates da definiciones de las principales virtudes (justicia, piedad, coraje). En otras palabras, incluso antes de definir la virtud, Jenofonte argumenta que ella proviene de la *áskesis*, que es una acción. Al invertir el orden establecido y defendido por el Sócrates de Platón, y al afirmar que la virtud es fruto de la *áskesis*, el Sócrates de Jenofonte no

sólo es mucho menos intelectualista que el Sócrates de Platón, sino que además otorga al acto (en este caso, la *áskēsis*) mucha más importancia que su falso gemelo platónico. El Sócrates de Jenofonte no necesita interminables discusiones sobre la naturaleza de la virtud para argumentar, abiertamente, que la virtud es el fruto de un acto: *áskēsis*. Una vez más, tenemos primero al acto y luego a las definiciones de virtud, las cuales se destacan por su brevedad si las comparamos con las largas discusiones aporéticas que no logran, en Platón, definir la virtud ni, por tanto, su modo de adquisición.

Otro ejemplo, ya no de la superioridad de *érgon*, sino de su precedencia respecto del *lógos*, es el del principio metodológico afirmado muchas veces por Sócrates, y una vez por Hierón, en un diálogo que lleva el mismo nombre que este último (1.10). Efectivamente, se trata de un principio metodológico, el cual puede enunciarse así: si queremos dilucidar el significado de una palabra, y no definirla, primero debemos examinar cuál es el *érgon* o los *érga* a los que se refiere la palabra cuyo significado queremos dilucidar. En el *Hierón* no se trata de dilucidar el significado de una palabra sino de iniciar correctamente una investigación, en este caso, examinando cuál de las dos formas de vida, la del líder político o la del simple particular, es la más agradable. Si no se ha logrado hasta ahora determinar cuál de estas dos clases de vida es la más placentera es porque no se tiene la experiencia de las dos funciones (*érga*) y por tanto es necesario examinar cuál es la función específica (*érgon*) del líder político y la del simple particular.

### **3. LA INFLUENCIA DE LA SUPERIORIDAD DEL ÉRGON EN LA NATURALEZA DE LOS ESCRITOS DE JENOFONTE**

Hasta ahora estuve analizando pasajes específicos acerca de la superioridad del *érgon* sobre el *lógos*, y las razones de esta superioridad. Ahora voy a dejar el campo del análisis y me voy a adentrar en el terreno más resbaladizo de la especulación. Precisamente voy a tratar de averiguar cuáles son, en la obra escrita de Jenofonte, las consecuencias o implicaciones de la superioridad del *érgon* sobre el *lógos*. Porque si es verdad que el *érgon* es superior al *lógos*, ¿de qué serviría escribir *lógoi*?

La primera consecuencia consiste en una paradoja: el *érgon* es superior al *lógos*, pero como el *érgon*, en virtud de su misma naturaleza, es en sí mismo mudo paradójicamente necesita del *lógos* para ser conocido. Esta paradoja se encuentra hermosamente expresada de forma abreviada o concentrada en un pasaje del *Agesilao* que comenté antes:

Tal, entonces, es el registro de los actos de mi héroe, en la medida en que se hicieron ante una multitud de testigos (Καὶ ταῦτα μὲν δὴ εἴρηται ὅσα τῶν ἐκείνου ἔργων μετὰ πλείστων μαρτύρων ἐπράχθη). Acciones como estas no necesitan pruebas (οὐ τεκμηρίων προσδεῖται); la mera mención de ellas es suficiente, y exigen la creencia inmediata (ἀλλ' ἀναμνήσαι μόνον ἄρκεῖ καὶ εὐθὺς πιστεύεται). (Ag. 3.1; trad. Marchant).

El acto no necesita pruebas, pero, sin embargo, necesita ser recordado, y este recordatorio se expresa necesariamente bajo la forma de un *lógos*. El *érgon* es superior al *lógos*, es más convincente que este último, pero si se quiere que su ejemplaridad y su fuerza persuasiva no se limiten a un círculo más o menos restringido de testigos directos, es necesario acudir al *lógos* para recordar y difundir al mayor número de personas los *érga* memorables que, de otro modo, corren el riesgo de hundirse para siempre en el olvido. Aunque es superior, el *érgon* necesita, sin embargo, del *lógos* y su función de revelar, recordar y difundir los *érga* ejemplares y dignos de ser recordados. Si lo pensamos bien, muchos de los escritos de Jenofonte aparecen como recuerdo o comunicación de *érga* memorables: la *Ciropedia*, la *Anábasis*, las *Helénicas*, el *Agesilao*, las *Memorabilia*, el *Banquete*. Como autor y como escritor, Jenofonte es el hombre del *érgon*, es decir, informa y relata actos.

El acto es siempre singular y por ello se puede considerar a Jenofonte como un historiador. Evitar que los *érga* memorables de los hombres caigan en el olvido es el propio proyecto que plantea Heródoto al comienzo de sus *Historias*, y es también, al menos en gran parte, el proyecto de Jenofonte:

Heródoto de Turios expone aquí sus investigaciones, para evitar que lo que los hombres han hecho con el paso del tiempo se borre de la memoria, y que grandes y maravillosas hazañas (ἔργα μεγάλα τε καὶ θωμαστά), realizadas tanto por bárbaros como por griegos, dejen de ser renombradas. (1.1).

En la *Poética* (9), Aristóteles argumenta que la superioridad de la poesía sobre la historia proviene del hecho de que la poesía es universal, mientras que la historia no se eleva por encima de lo particular. Aristóteles concluye diciendo que la poesía es “más filosófica” que la historia. En este pasaje Jenofonte no es el objetivo directo del Estagirita, pero su conclusión lo alcanza en la medida en que Jenofonte es un historiador que informa singulares *érga*. Si se me permite, voy a tratar de defender a Jenofonte contra esta crítica aristotélica acerca de la historia. Jenofonte informa *érga* y, si bien cada *érgon* es singular, se puede alcanzar la universalidad y de ese modo la filosofía, por dos razones: la primera es que los *érga* que le interesan a Jenofonte son los que tienen un carácter ejemplar, es decir, que pueden servir de ejemplo a todos los hombres, de ahí su universalidad. La segunda es que para que un *érgon* pueda ejercer todo su potencial de ejemplaridad debe ser narrado, de lo contrario, su ejemplaridad se reduciría a aquellos, más o menos numerosos, que fueron testigos directos de la acción. El relato del historiador asegura que el *érgon* sea lo más ejemplar posible, en la medida en que aumenta considerablemente el número de testigos que pueden beneficiarse de su ejemplaridad. Al difundir la ejemplaridad del *érgon*, el historiador asegura su alcance universal. A pesar de su singularidad, el *érgon* es potencialmente universal por y en proporción a su ejemplaridad. A pesar de la crítica aristotélica, el interés de Jenofonte por el *érgon* lo convierte no solo en un historiador, sino también en un auténtico filósofo.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Traducción al español de Mauricio Miño.